

LA MATERNIDAD. AFECTOS QUE CONVOCA¹

Matilde Ureta de Caplansky²

Para mi hijo Georges y su prole: mis nietos

“...Los sentimientos amorosos, por ejemplo, odio, cólera, envidia, gloria, misericordia y restantes movimientos del ánimo, no los he considerado vicios de la naturaleza humana, sino propiedades semejantes al calor, al frío, al mal tiempo, al rayo y otras que son manifestaciones de la naturaleza, de la atmósfera.

Por muy desagradables que estas cosas sean, son, sin embargo, necesarias y tienen causas ciertas por las cuales tratamos de comprobar su naturaleza

Entenderlas con certidumbre da al espíritu tanta satisfacción como conocer de las cosas que gustan a los sentidos...”

Baruch Spinoza (1632 - 1677)

Introducción

Tocar un tema como la maternidad en nuestra sociedad peruana, siento que es una audacia. La sacrosanta Maternidad... para todos, incluyéndome. Pero lo creo necesario, y me lo permito, desde varios ejes: el haber ya vivido tantos años, el haber dedicado más de la mitad de esa vida a escuchar y tratar de ayudar a las personas, el ser mujer, el ser madre, y sobre todo el ser abuela; esto último me ha permitido la distancia óptima para poder tocar el tema.

En esta ocasión, haré una breve introducción histórica al tema de la maternidad y me acercaré un poco a la metapsicología de los afectos que

1 Trabajo presentado en el IX Diálogo Latinoamericano Intergeneracional entre Hombres y Mujeres. La Psicosexualidad en el Siglo XXI: Un desafío para el psicoanálisis, Mayo del 2011, Santiago de Chile.

2 Psicoanalista Miembro Titular en Función Didáctica - SPP-IPA, Mg. Salud Mental y CCSS. mati@amauta.rcp.net.pe; maticaplansky@gmail.com

encontramos más frecuentemente en el trabajo clínico con madres y los diferentes momentos de su maternidad.

Esa disposición calificada como femenina y/o materna de asistir a los otros, de cuidarlos, de protegerlos, y tantas otras cosas más, conlleva una serie de elementos que valdría la pena mencionar y en alguna medida tratar de entender. Creo que el gran tema que se oculta en la idealización masiva que se hace sobre la maternidad se refiere a los afectos que ésta convoca. Como todos suponemos deben ser múltiples y variados, sin embargo, la idealización es tan intensa y fija que nos impide ejercer adecuadamente hasta la suspicacia y la duda, condiciones importantes de nuestra labor analítica.

La maternidad es un tema central en la vida de las mujeres, más allá del hecho de haber tenido o no hijos. La sociedad privilegia la función materna, ésta define a la mujer por encima de cualquier otra función. Por ello, es válida, en nuestra opinión, la consideración de que la verdadera revolución en el mundo fue la llegada de los anticonceptivos (1960), sobre todo para ciertas clases sociales en Occidente, no pudiendo decir lo mismo, desgraciadamente para el África, ni Oriente.

Y ahora, quiero rendir un homenaje a Sigmund Freud y a Melanie Klein ya que si la paternidad del Psicoanálisis es indiscutible, la maternidad del mismo debemos rescatarla del olvido y la ingratitud... por eso pensamos que fue Melanie Klein la madre del Psicoanálisis, por sus aportes teóricos y técnicos que revolucionaron nuestra ciencia.

Antecedentes del tema

Durante tanto tiempo se ha concebido a la maternidad como una función de carácter instintivo profundamente arraigada en la estructura biológica de la mujer, independientemente de las circunstancias temporales y espaciales en las que tiene lugar que nos resulta difícil reconocer que en tanto fenómeno humano con sus respectivas connotaciones psicológicas posibles, la maternidad es, también, una construcción cultural. El hecho de que la procreación sea un proceso natural puede inducirnos a pensar que al fenómeno fisiológico de la concepción y la gestación *debe* corresponderle el deseo de tener un hijo y determinadas actitudes hacia el mismo. Pero esta identificación de la maternidad social con la reproducción biológica es el producto de un sistema de representaciones de orden simbólico que *crea una ilusión de naturalidad*, que obviamente tiene un grado de verdad pero no agota el tema. Los aportes de Alizade (1992; 1996) y Benjamin (1996) nos ayudan a entender estos conceptos. Al mismo tiempo, la definición de la maternidad como un hecho natural es una representación ideológica que proporciona una imagen totalizadora y unificada

de la mujer-madre, como una persona que puede encarnar el mito paradisíaco de la satisfacción ilimitada y la omnipotencia, lo cual, no sólo es inexacto, sino muy distorsionante.

Si dirigimos una mirada a la historia, observaremos que el lugar y la valoración de la maternidad en el ámbito sociocultural se modifican y varían en función de las distintas épocas y contextos, respondiendo a intereses económicos, demográficos, políticos, entre otros. *Sin embargo, parece evidente que en toda sociedad patriarcal la mujer entra en el orden simbólico sólo en tanto madre.*

En Esparta (Pomeroy, 1987) el matrimonio era una especie de unión “de prueba” que tenía por objeto determinar si la esposa era capaz de concebir. Si ella no quedaba embarazada el matrimonio, que se había mantenido en un secreto absoluto, podía ser anulado sin llamar la atención y sin que ello implicara una deshonra pública. La novia podía volver a casarse con la esperanza de probar su fertilidad con un nuevo marido. El régimen, creado por Licurgo, asignaba a las mujeres el papel de productoras de niños.

En Atenas se estimulaban los segundos matrimonios (frecuentes en los siglos V y IV a.C., sobre todo en las clases altas) de manera que una mujer podía producir herederos para más de una familia. La forma más simple de controlar el crecimiento de la población consistía en aumentar o disminuir el número de mujeres que podían producir ciudadanos, modificando las leyes de ciudadanía. Estas desalentaban los matrimonios con extranjeras, de manera que no había un número suficiente de ciudadanas casaderas.

En Roma, a comienzos del Imperio se consideraba que la única finalidad de la relación sexual era la de engendrar hijos y que la esterilidad se debía a la mujer y constituía una causa de divorcio. La legislación de Augusto alentó a las viudas y divorciadas a volver a casarse, había interés en que las mujeres tuvieran tantos niños como fuese posible. Aparentemente, se entraba en contradicción con el elogio de las mujeres que murieron habiendo conocido sólo un marido (matrimonio eterno). Pero hay que tener en cuenta, por ejemplo, que la historia de Cornelia, quien permaneció fiel a su difunto marido y se negó a volver a casarse, adquiere otro matiz cuando nos enteramos de que ella había ganado su fama porque tuvo doce hijos. Sin embargo, la mística del linaje y el honor podía alcanzar más importancia que el amor por el niño y llevar a una madre a abandonar a un hijo adulterino, o a una familia a hacer lo mismo con el niño de una hija soltera.

Posteriormente, aparecen en el arte las escenas de la adoración de Jesús por su madre, al mismo tiempo que se exalta la función maternal y virginal (curiosa paradoja) de la mujer.

Los hechos demográficos brutales que se producen en el Medioevo -la peste negra azota Europa, acabando con un tercio de su población- no pueden dejar de

producir efectos en la representación social de la maternidad. En un mundo viciado por la muerte, la plenitud de la procreación podía suponer la promesa de un futuro mejor, modificando las actitudes ante la vida. Aunque tenemos pocos documentos escritos sobre estas cuestiones que daten de los siglos XIV y XV, el final de la Edad Media se acompaña de representaciones pictóricas de la Sagrada Familia y una nueva valorización del vínculo conyugal que hizo, quizás, menos exclusiva la relación entre el niño y la madre.

Hasta el siglo XVIII, el amor maternal parecía explicarse por sí mismo: los animales crían a sus hijos; no hay nada llamativo en que las mujeres hagan lo mismo. Pero tampoco resultaba chocante que algunas mujeres se negaran a ocuparse de sus hijos y los confiaran a nodrizas y criados. Evidentemente, tanto el deseo del hijo como su rechazo se han producido en todas las civilizaciones y en todos los medios, sin inspirar necesariamente demasiadas reflexiones.

A partir de 1750, aproximadamente, aparece un fenómeno nuevo: no se trata de la emergencia repentina del amor maternal sino de la importancia que se comienza a dar a este sentimiento y de las características que se le atribuyen. La novedad es la exaltación del amor maternal como un valor simultáneamente natural y social, favorable para la especie y para la vida en sociedad. No sólo se promueven los sentimientos y actitudes maternas, sino que se promueve a la mujer en tanto madre. Se multiplican las publicaciones que aconsejan a las madres ocuparse personalmente de sus hijos y amamantarlos, creándoles a las mujeres la obligación de ser *ante todo* madres. (Tubert, 1994)

De la mujer burguesa del siglo XIX se esperaba que fuera sumisa, obediente, hogareña, piadosa, asexuada. Si escapaba a este modelo, incluso la ciencia médica la consideraba enferma. En el siglo XX, la ideología de las diferencias genéricas naturales y del papel maternal natural de las mujeres perdió parte de su rigidez victoriana, pero la dicotomía entre lo público y lo doméstico o natural tuvo un peso psicológico cada vez mayor.

En la segunda mitad del siglo XX, la tasa promedio de natalidad decae aun cuando las mujeres dedican más tiempo al cuidado de los niños y a pesar del avance médico, y de la alimentación artificial para los bebés. La psicología y la sociología post-freudiana que han proporcionado nuevas razones para la idealización y el reforzamiento del papel maternal de la mujer al hacer tanto hincapié en la importancia de la relación madre-hijo, tampoco han logrado detener el decrecimiento de la tasa de natalidad (Chodorow, 1984).

Reflexión sobre los afectos más frecuentes

Recordaremos brevemente que la teoría psicoanalítica se acerca a los afectos vía el modelo teórico de las pulsiones y sus representaciones. En esta ocasión

tomaremos las descripciones de André Green (1975) quien postuló que: “(...) el afecto es una cantidad de movimiento acompañada de una totalidad subjetiva.” (p.83). El afecto y su expresión están orientados hacia el interior; es decir, hacia el cuerpo en su mayor parte. Surgido del cuerpo (vía pulsional - representación) el afecto retorna al cuerpo, esta característica tiene un efecto especial para la mujer por otro conjunto de razones que no desarrollaremos en esta ocasión porque las hemos puntualizado ya en otros ensayos (Caplansky, 1989, 1999, 2001). El afecto tiene graduaciones desde los estados más primitivos a los más diferenciados. Estos diversos grados dependen del trabajo efectuado desde el yo sobre el afecto. La situación estructural de los afectos, es bueno recordarlo, es su sometimiento a la “soberanía” del principio placer-displacer.

Lo que hemos encontrado en la clínica es que los afectos más frecuentes e intensos en la situación de embarazo y parto son: *la ambivalencia y el amor*.

Freud (1913) descubrió que la ambivalencia emocional es la precondition del conflicto. La ambivalencia emocional es el proceso afectivo mediante el cual el objeto que satisface la necesidad pulsional (instintual) es diferenciado del sí mismo (self), mientras los afectos que acompañan a la necesidad son proyecciones sobre el objeto que es la fuente de gratificación y/o frustración. Freud concluyó que la ambivalencia emocional está organizada por afectos antitéticos: el amor y el odio. La ambivalencia es una expresión afectiva innata que, obviamente, se da en ambos sexos.

Aún cuando en la mujer la función procreativa es biológica no podemos negar su correlato psíquico. En esa medida pensamos que el polo negativo del “instinto procreativo” y psíquico femenino se expresa a través de la *ansiedad* y ésta se manifiesta directamente por el temor al embarazo y al parto que se viven como una amenaza de dolor y muerte (Rheingold, 1964).

Postulamos que a pesar de aceptar que las mujeres tienen un instinto materno innato, la cultura esconde el lado oscuro, por así llamarlo, el polo negativo que tienen los afectos humanos sobre todo en relación al tema de la maternidad; se niega, por ejemplo, la ambivalencia de las mujeres frente a dicha experiencia.

Siendo que hemos definido a la ambivalencia como un efecto compuesto por afectos antitéticos debemos, entonces, ahora referirnos al amor y luego al odio.

Amor es quizás la palabra más glamorosa de nuestro lenguaje, no mencionaré su posible definición porque entraríamos -todos- en serias dificultades para hacerlo. Sin embargo, es una suerte de “imperativo categórico” en nuestra cultura que tiene la máxima valoración positiva en serio contraste con, por ejemplo, el odio como afecto. Amor y odio aún cuando constituyen un paradigma de la ambivalencia, son sin embargo muy diferentes y su aparición en el sujeto, evolutivamente hablando, corresponde a distintos estadios.

El odio es un afecto cargado con energía agresiva que varía en intensidad. El amor es un afecto que se creía pertenecía sólo al Homo Sapiens, aunque la etología nos ha demostrado que el apego es una forma de afecto “positivo” con similitudes con el amor. Volviendo a la definición del amor encontramos que está cargado de libido, que al ligar e integrar al sujeto y al objeto permite el desarrollo psíquico y vincular del sujeto.

Asimismo, es cierto que la capacidad de amar gana riqueza y sutilezas con la maduración sexual del sujeto aún cuando debe quedar claro que el amor y el sexo no van necesariamente juntos.

El proceso de amar y su influencia en el ser humano han sido escasamente discutidos en el psicoanálisis; se les toma por obvios. Es en el artículo *Introducción del Narcisismo* (1914) que Freud señala que el punto más alto del desarrollo libidinal se produce cuando la persona se enamora y es cuando - aparentemente- la persona renuncia a sí misma a favor del objeto amado.

Es posible, entonces, considerar que el aforismo “entre el amor y el odio solo media un paso” en el caso de las embarazadas y madres en general debemos aceptarlo como una realidad afectiva natural.

Viñetas Ilustrativas

Ethel S. Person (2002), teórica relevante en el tema de los géneros, encontraba una diferencia importante entre los sexos en lo que ella llama la supremacía de la sexualidad. Explica que el hombre con frecuencia ve la sexualidad como individual y autónoma, mientras que la mujer la ve como afiliativa e imbuida de significados interpersonales. La diferencia no es entre dominio y sumisión, sino entre el deseo de control (por parte de los hombres) y de unión (por parte de las mujeres), es decir, entre el sexo experimentado como un acto autónomo o experimentado con un significado interpersonal. La sexualidad constituye sólo uno de los numerosos espacios en los que la tendencia del género femenino es hacia la filiación, el vínculo y el afecto.

Quizás sea fácil sintonizar con la idea de que la norma para la mujer está en lo culturalmente valorado para su rol, pero las mujeres nos están diciendo algo distinto: que su norma interna es el conflicto, la ambivalencia, la contradicción entre lo que el ideal cultural plantea y todo el conjunto de necesidades que la mujer experimenta.

Patricia, 28 años: Hablando de su parto nos dice:

“...sentí un dolor tan terrible que no podía ni ver a mi bebé... sentí que casi me había matado...”

Inés, 25 años:

"...la maternidad es un vaciamiento, es como un árbol con raíces grandes que es arrancado... casi me muero... nunca lo he olvidado..."

Lía, 31 años:

"...todo fue rapidísimo... un dolor intensísimo... cuando empieza el vaciamiento sentí que se hizo la luz... del dolor tremendo... al miedo... deslizamiento... y luego un llantito"

Marita, 34 años:

"...fue como pasar del temor al gozo... algo así como de la locura al disfrute..."

Clara, 34 años:

"...al saber que estamos embarazadas... se siente una gran confusión, ambivalencia... es un querer y no querer todo mezclado..."

Palabras finales

Uno de los objetivos de este trabajo es reflexionar sobre cómo funcionan los mandatos culturales sobre nosotras las mujeres y distorsionan hasta la exasperación una situación como la maternidad sin tener suficientemente en cuenta lo que *realmente nos pasa*. Citaremos a continuación un párrafo de un texto llamado *Discurso de Mujeres (1999)*³, que suscribimos:

(...) nos sentimos más cercanas a pensar que la norma en la mujer no necesariamente coincide con la norma cultural, sino más bien que la norma es justamente esta vivencia de conflicto, ambivalencia, contradicción. Si escuchamos bien a las mujeres, si nos escuchamos, eso parece ser la norma, en su sentido más literal y estadístico. Lo común, lo normal, lo más extendido, es la contradicción, la ambivalencia... en otras palabras ese estar jaloneadas, partidas, divididas, siempre en falta, siempre con la culpa en acecho.

Y para terminar citaré el testimonio de Teresa:

"...Todas mis amigas solteras sin hijos sienten tener un hueco; sin embargo, el cotidiano maternal es muy sin sentido, imaginémonos nueve meses de embarazo, un año de arrepentimiento... Estamos re-locas de sonreír y amar al mismo ser que nos ha puesto en el límite físico y psicológico cada noche..."

Resumen

La maternidad como concepto y como mandato es analizada desde la historia, la metapsicología y la clínica. Generadora de afectos, culturalmente idealizados pero vividos en el mejor de los casos como precedentes de un conflicto.

3 Promoción VI de la Escuela del Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima.

Summary

Motherhood as a concept and mandate is analyzed from its historic, metapsychologic and clinical points of view. Generating affections, it is culturally idealized but lived in the best case as a precedent of conflict.

PALABRAS CLAVE: maternidad; feminidad; afectos.

KEY WORDS: motherhood; femininity; emotions.

Bibliografía

- Alizade, M. (1992). *La Sensualidad Femenina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Alizade, M. (1996). *Tiempo de Mujeres*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Benjamin, J. (1996). *Los Lazos del Amor*. Buenos Aires: Paidós.
- Caplansky, M. (1989). *María y las invariantes femeninas*. Lima. O. Mejía.
- _____ (2000). El imaginario social y la imago de la madre. En M. Caplansky y A. M. Alizade (comp.), *Escenarios femeninos : diálogos y controversias* (pp. 225-229). Buenos Aires : Lumen.
- _____ (2001, febrero). *Las Estaciones: Anaïs, Tricia, Carla, Inés y Amalia*. Ponencia presentada en II Diálogo Latinoamericano Inter-Generacional entre Mujeres Analistas, Monterrey, México.
- Chodorow, N. (1984). "Patriarcado Capitalista y Feminismo Socialista". En: Eisenstein, S. (comp.) *Maternidad, Dominio Masculino y Capitalismo*. México. D.F.: Siglo XXI.
- Freud, S. (1979) [1914]. "Introducción del Narcisismo". En: *Obras completas de Sigmund Freud* (vol. 14, pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (1975). *La concepción psicoanalítica del afecto*. Mexico: Siglo XXI.
- Person, E. S. (2002). *Feeling strong: The achievement of authentic power*. New York: Harper Collins Publishers.
- Pomeroy, S. (1987). *Diosas, ramerías, esposas y esclavas. Mujeres en la antigüedad clásica*. Madrid: Akal.
- Promoción VI-Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima. (1999). *Discurso de Mujeres*. Lima: Espacio Abierto.
- Tubert, S. (1994). *El Discurso Social de la Maternidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Rheingold, J.C. (1964). *The fear of being a woman: a theory of maternal destructiveness*. (p.136-137). Nueva York: Grune & Stratton, Inc.